

PANORAMA INTERNACIONAL Y NACIONAL

David Ibarra
29 de septiembre de 2005

A diferencia del período de recuperación mundial (2002-2004), a partir de 2005 y quizás en términos más acentuados en 2006, el sostenimiento de la prosperidad planetaria enfrenta serias interrogantes. Según los pronósticos del Fondo Monetario Internacional, en el año en curso, la tasa de crecimiento de la economía global caería del 5.1% al 4.3% y la de las economías del Primer Mundo del 3.4% al 2.6%. Fenómenos similares se anticipan en los países en desarrollo (del 7.2% al 6.3%). La contracción mexicana del 20% se compara desfavorablemente con la de otros países periféricos y de las naciones industrializadas (16%).

En el año próximo, varios acontecimientos parecen ensombrecer las perspectivas mundiales. Un primer factor reside en el impacto y la incierta evolución de las cotizaciones de los energéticos en la economía y la inflación mundiales. El petróleo ya se acerca a los 70 dólares por barril y la capacidad de acrecentar la oferta al corto plazo no parece guardar el paso con el ascenso de la demanda. Si esa visión es verdadera, la única manera de acotar la demanda de energéticos, consistirá en reducir el ritmo de la demanda, esto es, del crecimiento mundial de la producción.

Una segunda interrogante se plantea en torno a los grandes desajustes comerciales del mundo que han llevado el déficit de Estados Unidos a niveles insostenibles (6-7% del producto) y a convertir a ese país en la economía más endeudada. Es evidente que la transición de un déficit norteamericano en ascenso a un déficit decreciente contraerá casi necesariamente la demanda

mundial. Al propio tiempo tendría que disminuir la demanda interna que sólo sería compensada gradualmente por mayores exportaciones. En esas circunstancias, el sostenimiento del crecimiento del mundo, exigiría que otros países adoptasen políticas expansionistas, posibilidad remota dada la situación prevaleciente en Europa y Japón, o las dificultades previsibles en América Latina, África e incluso en de Europa Central y otras regiones.

El caso de China reviste especial importancia. A la par de los Estados Unidos ha venido operando como locomotora mundial. Ese papel resultaría disminuido, si la corrección de los desequilibrios globales de pagos, la obliga --como ya ocurre en pequeña escala-- a reevaluar el renminbi y disminuir el ritmo de expansión de su economía. De otro lado, el reacomodo de los tipos de cambio de no llevarse a cabo poco a poco, de modo concertado, limitaría directa o indirectamente la capacidad de los bancos centrales asiáticos de financiar los déficit americanos. Y en ese evento, se suscitarían alzas sustantivas en las tasas internacionales de interés que acompañarían a la depreciación del dólar.

Unido a la necesidad de comprimir el desequilibrio de la balanza de pagos, el gobierno de los Estados Unidos enfrenta la tarea de reducir el déficit fiscal y la marcada insuficiencia del ahorro interno. La Reserva Federal ya se ha visto forzada a instrumentar una política monetaria restrictiva, manifiesta en la elevación gradual de las tasas de interés, gradual por contarse hasta ahora con el financiamiento asiático. Sin embargo, aquí también surgen factores de complicación. La explosiva inversión inmobiliaria podría comenzar a detenerse en función de los elevados precios que ya ha alcanzado en varias regiones de los Estados Unidos y del mundo; la destrucción causada por los huracanes Katrina y Rita retrasarán la instrumentación de las políticas monetarias y fiscales del ajuste norteamericano. Todo ello obligará al presidente y al congreso de ese país

a tomar decisiones difíciles en un año de elecciones intermedias: echar atrás los recortes de impuestos, disminuir la cobertura de las redes de seguridad social, aumentar las tasas de interés, seguir endeudando al país o una combinación de los tres.

En suma, la posibilidad de un receso a escala mundial no podría descartarse del todo por más optimista que se sea y más fe se ponga en la flexibilidad del sistema económico global. Hay demasiados focos rojos o amarillos: la escasez de energéticos; los desequilibrios masivos en las transacciones comerciales del mundo globalizado; el traslado de la capacidad de ahorrar de los países industrializados a los periféricos; las tensiones que comienzan a rebasar las complementariedades de China o la India y con los Estados Unidos; la pobreza de vastas regiones del planeta.

Más que nunca se necesita de acuerdos internacionales de coordinación de políticas en los que los países se corresponsabilicen a guiar por caminos civilizados a la globalización. Se requiere ir más allá del alcance de las reuniones de Grupos *ad-hoc* donde sólo suelen atenderse crisis ya afloradas; ahora la tarea es anticiparlas. Pese al fracaso reciente de la reforma de las Naciones Unidas, el Consejo de Seguridad o un órgano creado al efecto, tendría que comenzar a garantizar junto a la paz mundial, la estabilidad del desarrollo colectivo de las naciones.

En México, la desaceleración del crecimiento de la economía norteamericana, ya tiene un impacto negativo por depender de ella el 85% de las exportaciones y la suerte de actividades tan importantes como la industria automotriz y el turismo. En 2005 el ascenso proyectado del producto será del 3.5%, frente al 4.4% del año anterior, a pesar de la conjunción de hechos

excepcionalmente favorables: altos precios del petróleo, remesas crecientes de emigrados y bajas tasas de interés internacionales, entre otros.

Con alta probabilidad durante 2006 las cotizaciones del petróleo persistirán en niveles elevados. Se ganarán ingresos por ese hecho más que por la limitadísima capacidad de acrecentar la oferta exportable. El diferencial de precios entre los crudos ligeros y los pesados seguirá siendo amplio y desfavorable al país --por falta de inversión en una refinería completa que equilibre las líneas de producción de Pemex--, como también las importaciones caras de gasolinas, gas y petroquímicos. En conjunto, sin embargo, el petróleo dejará ingresos externos netos de significación que más que ir a la inversión o reinversión, alimentarán las sedientas arcas fiscales de la federación y las entidades federativas.

La industria automotriz y la maquiladora experimentarán los efectos del menor crecimiento de la demanda norteamericana, arrastrando consigo a un segmento importante de las manufacturas. La balanza comercial arrojará cifras negativas análogas a las registradas entre 2003 y 2005 (alrededor de 9 mil millones de dólares).

Pese a los factores favorables mencionados, el déficit total de la balanza de pagos seguirá situado en 2005 y 2006 por los 8 mil millones de dólares, a pesar del enorme superávit --entre 40 y 50 mil millones de dólares-- que arrojan las transacciones con Estados Unidos y Canadá. Los excedentes que ahí se ganan, se pierden con creces en el intercambio con Europa, Japón, China, Corea, Brasil y otros países. La mayoría de los tratados de libre comercio han resultado inútiles o contraproducentes en términos del fomento a las exportaciones o la atracción de inversión extranjera.

En conjunto, ha fallado la estrategia de crecimiento hacia afuera como motor del desarrollo nacional. Al sector exportador se le ha dejado convertirse en enclave desarticulado del resto de la economía e incapaz de impulsarla en medida medianamente satisfactoria. Las importaciones lejos de reducir los costos e incrementar la competitividad nacional, son correa de transmisión de los superávits comerciales obtenidos de los Estados Unidos que se vierten al mundo, sin dejar mayores beneficios al país.

Datos del Banco de México sitúan las exportaciones de bienes y servicios en el 30% del producto, mientras las importaciones de esos rubros ascienden al 32% (2004). El intercambio total representa poco más del 60% del propio producto, tipificando a México como una de las economías más abiertas. Sin embargo, desde 1996, la contribución del comercio exterior al crecimiento prácticamente ha sido negativa o nula, situación que confirma la Secretaría de Hacienda en las proyecciones del documento de Criterios Generales de Política Económica para 2006 (página 102).

Las políticas públicas siguen apegadas a mantener la estabilidad macroeconómica, sin atender o atendiendo mal la solución de los cuellos de botella de la producción y el crecimiento. Valgan unos ejemplos. El crédito bancario a las actividades productivas ha caído en términos reales 50% entre 1995 y 2004. Entre 2002 y 2004, el financiamiento externo al sector privado ha sido negativo, como también el de origen interno a las empresas. En contraste el crédito al consumo (familias) creció 38% por tratarse de las operaciones con menos riesgos, tasas activas enormes y sin regulación. El ahorro externo, contrajo su aporte a la formación nacional de capital en más de la mitad entre 2000 y 2004. Las tasas activas de interés a la producción son elevadísimas en

cualquier comparación internacional y el tipo de cambio casi siempre resulta sobrevaluado.

La política fiscal se ha orientado a equilibrar rigurosamente las cuentas públicas --con superávit primarios sistemáticos-- y a reducir la deuda externa, incluso prepagando préstamos. Política monetaria y política fiscal restrictivas, cuando más lograrán blindar a la economía frente a las incertidumbres electorales y de la economía mundial. La filosofía sería justificable, si no fuese porque desaprovecha márgenes de maniobra y olvida que la política de la estabilidad de precios --vigente por más de dos décadas-- al empobrecer empleo y desarrollo a la postre resultará social, económica y políticamente contraproducente.

Todo hace esperar que el crecimiento nacional en el 2006 resulte desesperanzador, que apenas alcance el 3%, si no ocurren eventos externos o internos desfavorables: elecciones intranquilas, alza de las tasas internacionales de interés, desaceleración ulterior de la economía norteamericana y mundial, competencia internacional intensificada, falta de ahorro e inversiones internas. En suma, el país seguirá viviendo en medio de la inseguridad social, víctima de rezagos acumulativos que no se aciertan a corregir.